

bles sería el haber descubierto, subiendo pacíficamente por encima de esta empalizada, que la sombra de los coches, de los caballos, de los guardas, de los cocheros y de los viajeros, tuviesen la costumbre de hacer viajes periódicos todas las noches, añadiendo que creía ser el único viviente á quien hubiesen tomado como pasajero en una de estas excursiones. Creo efectivamente que tenía razón, caballeros, ó á lo menos, yo no he oído hablar nunca de ningún otro.

—Lo que yo no comprendo es lo que esas sombras de sillitas de posta pueden llevar en sus sacos, — dijo el huésped, que había escuchado la historia con profunda atención.

—¡Pardiez! ¡las cartas sin señas!

—¡Es verdad! No había yo caído en eso.

## CAPITULO L

*De cómo ejecutó su misión Mr. Pickwick, y cómo fué reforzado desde el principio por un auxiliar inesperado.*

Los caballos fueron puntualmente enganchados al día siguiente á las nueve menos cuarto, y habiendo ocupado sus sitios, Mr. Pickwick y Sam, el uno en el interior y el otro en el exterior, recibió el postillón la orden de dirigirse á la casa de Mr. Sawyer, á fin de recoger allí á Mr. Benjamín Allen.

El carruaje llegó bien pronto ante la tienda donde se leía esta inscripción: *Sawyer, sucesor de Nockemorf*, y Mr. Pickwick, sacando la cabeza por la portezuela, vió con extrema sorpresa al joven mancebo de librea gris, ocupado en cerrar apresuradamente las maderas de las ventanas. Aquella era una ocupación extraordinaria á semejante hora de la mañana, lo que hizo pensar á nuestro filósofo que algún amigo ó pariente de Mr. Sawyer había muerto, ó que acaso el mismo Mr. Bob Sawyer habría hecho bancarrota.

—¿Qué es lo que ha pasado? — preguntó al mancebo.

—Absolutamente nada, señor, — respondió este abriendo su boca hasta las orejas.

—¡Todo va bien! ¡todo va bien! — gritó Bob apareciendo súbitamente en el dintel de la puerta con un pequeño saco de noche, estropeado y sucio, en una mano, y su grueso redingoté y una bufanda en la otra. — Voy yo á ir con vos, viejo.

—¿Vos?

—Sí, y vamos á hacer una verdadera expedición, ¡Eh, Sam, tomad!

Habiendo llamado de este modo la atención de mister Sam Weller, cuya fisonomía expresaba mucha admiración por aquel procedimiento expedito, le lanzó Bob su saco de noche, que fué inmediatamente colocado en el pescante.

Hecho esto, el mismo Bob se puso á meterse con ayuda de su chico el gabán, harto estrecho para él, y aproximándose á la portezuela del carruaje, metió por ella la cabeza y se puso á reír estrepitosamente.

—¡Qué buena broma! — dijo enjugando con el faldón las lágrimas que la risa arrancaba de sus ojos.

—Mi querido señor, — le dijo Mr. Pickwick con algún embarazo, — yo no había pensado siquiera en que vos nos acompañaríais.

—Justamente, ese es el lado mejor que esto tiene.

—¡Ah! ¿ese es el lado mejor? — repitió Mr. Pickwick súbitamente.

—Sin duda; además del de dejar la botica que haga sus negocios por sí misma, puesto que no quiere hacerlos conmigo.

Habiendo explicado de este modo el fenómeno de las ventanas, que tanto había sorprendido á Mr. Pickwick, volvió á caer Mr. Sawyer en un éxtasis de júbilo.

—Pero qué, ¿seréis tan loco que vayáis á dejar vuestros enfermos sin medicina? — dijo Mr. Pickwick en tono serio.

—¿Por qué no? Y aún así ganaré todavía, puesto que no hay uno que me pague. Además, — añadió bajando la voz hasta el murmullo confidencial, — ellos también ganarán, porque careciendo casi de medicamentos, me había visto obligado á dar á todos el calomelano, lo que podría no haber sido conveniente á algunos. Así es que todo viene bien.

Había en esta respuesta una fuerza de razonamiento y de filosofía que Mr. Pickwick no esperaba. Reflexionó algunos instantes, y dijo después, aunque ya de una manera menos firme:

—Pero esta silla no puede contener más que dos per-

sonas, y yo la he ofrecido á Mr. Allen.

—No os ocupéis de mí un sólo instante; ya he arreglado eso; Sam me hará sitio en el asiento de detrás al lado suyo. Por lo demás, este pequeño cartel se va á poner en la puerta: *Sawyer, sucesor de Nockemorf, dirigirse enfrente, casa de mistress Cripps*. Mistress Cripps es la madre de mi groom. Mr. Sawyer lo ha sentido mucho, dirá mistress Cripps, pero no ha podido ser de otra manera; han venido á buscarle esta mañana para una consulta con los primeros cirujanos del país; no se podía pasar sin él, querían tenerlo á toda costa, una operación terrible. Y el hecho es, — añadió Bob, — que esto espero que me produzca más bien que mal. Si se pudiera anunciar mi marcha en el diario de la localidad, estaba hecha mi fortuna. ¡Pero ya está aquí Ben! ¡Ea, vamos arriba!

Profiriendo estas palabras precipitadas, empujó Bob al postillón hacia á un lado, echó á su amigo dentro del coche, cerró la portezuela, levantó el estribo, pegó el cartel sobre la puerta, la cerró, se metió la llave en el bolsillo, subió al lado de Sam y mandó partir al postillón, todo ello con rapidez tan extraordinaria, que el coche rodaba ya y Mr. Bob Sawyer formaba ya parte en la expedición con toda seguridad, antes de que mister Pickwick hubiera acabado de decidir si debía llevarlo ó no.

En tanto que el coche estuvo en las calles de Bristol, conservó Bob sus espejuelos verdes y mantuvo una gravedad conveniente, contentándose con enumerar diversas jocosidades para el entretenimiento especial de mister Samuel Weller; pero una vez en el camino, se despojó á la vez de sus anteojos y de su gravedad profesional y le obsequió con diferentes juegos que hubieran podido sobre el carruaje atraído la atención de los transeúntes sobre el carruaje y hacerle objeto de una curiosidad más que ordinaria. Lo menos notable de estos arranques, fueron la estrepitosa imitación de una corneta de pistón y el desplegamiento ostentoso de un pañuelo de seda encarnado, fijado en el extremo de un bastón y agitado en el aire con aspecto de supremacía y provocación.

—No comprendo, — dijo Mr. Pickwick deteniéndose en medio de una grave conversación con Mr. Ben Allen sobre las buenas cualidades de Mr. Winkle y de su joven esposa, — no comprendo qué es lo que encuentra en nosotros de extraordinario la gente que pasa para examinarnos así.

—El buen aspecto del carruaje, — respondió Ben con un ligero sentimiento de orgullo; — apostaría algo á que no los ven semejantes todos los días.

—No es posible; puede que sea eso... y eso debe ser, — contestó Mr. Pickwick que se hubiera persuadido fácilmente de si debía ser aquello, mirando en aquel momento por la portezuela. — No había reparado que el continente de los que pasaban no indicaba ninguna admiración respetuosa, y que diversas comunicaciones telegráficas parecían cambiarse entre ellos y los habitantes exteriores del carruaje, comprendiendo, sin embargo, instintivamente que aquello podría tener algunas relaciones lejanas con el caracter bromista de Mr. Bob Sawyer.

—Espero, — dijo, — que nuestro bullicioso amigo no cometerá ninguna insensatez por detrás.

—¡Oh, no! — replicó Mr. Ben Allen; — excepto cuando está un poco excitado, Bob es la criatura más pacífica de la tierra.

En esto se oyó la imitación prolongada de una corneta de pistón, seguida inmediatamente por grandes gritos y hurras que salían evidentemente de la garganta y los pulmones de la *criatura más pacífica de la tierra*, ó en términos más claros, del mismo Mr. Bob Sawyer.

Mr. Pickwick y Mr. Ben Allen cambiaron una mirada expresiva, y el primero de estos señores, quitándose el sombrero y asomándose por la portezuela hasta el punto de quedar fuera todo su chaleco, llegó á percibir al fin al jovial farmacéutico.

Mr. Bob Sawyer estaba sentado, no ya en la trasera, sino sobre el techo del coche, con las piernas todo lo separadas que le era posible, llevando sobre una oreja el sombrero de Sam, teniendo en una mano un buen trozo de vianda, y en otra una enorme botella que acariciaba por turno, con aire de suave regocijo, saliendo de vez en cuando de la monotonía de esta operación, para lanzar gritos agudos ó para cambiar espirituales observaciones con los que pasaban. El pabellón sanguinario estaba cuidadosamente atado á la trasera, en posición vertical, y Mr. Samuel Weller, adornado con el sombrero de Bob, estaba en posición de despachar una doble ración de la vianda, con un aspecto animado y satisfecho, que anunciaba la entera aprobación de los procedimientos de su compañero.

Esto era bastante para irritar á un caballero que poseía el sentimiento de la conveniencia en tanto grado como Mr. Pickwick; pero no era esto todo el mal, sino que la silla de posta cruzaba en aquel momento con un carruaje público, cargado en el interior y en el exterior, de viajeros, cuya admiración se expresaba de una manera harto significativa. Las congratulaciones de una fami-

lia irlandesa que corría al lado de la silla pidiendo limosna eran también bastantes estrepitosas, sobre todo las del jefe de la familia, que parecía creer que aquel atalaje formaba parte de alguna demostración política y triunfal.

— ¡Señor Sawyer! — gritó Mr. Pickwick en estado de grande excitación: — ¡Señor Sawyer! ¡señor!

— ¡Ola! — respondió el amable joven inclinándose hacia un lado del coche con toda la tranquilidad imaginable.

— ¿Os habéis vuelto loco, caballero?

— ¡Absolutamente! No estoy más que alegre.

— ¡Alegre! ¡Quitadme ese escandaloso pañuelo rojo! ¡Exijo que lo quitéis, caballero! ¡Sam, quitadlo en seguida!

Antes de que Sam hubiera podido intervenir, mister Bob Sawyer recogió graciosamente su pabellón, lo metió en el bolsillo, hizo un corto saludo con la cabeza á Mr. Pickwick, y volviendo el cuello de la botella, lo aplicó á sus labios, haciéndole comprender de esta manera, sin pérdida de palabras, que le deseaba toda clase de satisfacciones y prosperidades. Después de ejecutada esta pantomima, volvió á colocar cuidadosamente el tapón, y mirando á Mr. Pickwick con aire benigno, tiró un buen bocado de su vianda, y sonrió.

— ¡Vamos! — dijo Mr. Pickwick, cuya cólera momentánea no era propósito para resistir la prueba del amable plomo de Bob; — vamos, caballero, no hagáis esas tonterías, si queréis hacerme favor.

— No, no, — replicó el discípulo de Esculapio, cambiando de sombrero con Sam; — no lo he hecho de intento; el aire libre me había animado tanto, que no he podido contenerme.

— Pensad en el efecto que produce eso, — volvió á decir Mr. Pickwick con voz persuasiva; — tened alguna consideración á las conveniencias sociales.

— Sí, ciertamente, — replicó Bob; — esto no es del todo conveniente. Vaya, se acabó, señor.

Mr. Pickwick satisfecho de esta seguridad, volvió á meter la cabeza en el coche, pero apenas había reanudado la conversación interrumpida, cuando fueron sorprendidos por la aparición de un cuerpecillo opaco que golpeaba en el cristal, como para dar testimonio de la impaciencia con que deseaba ser admitido en el interior.

— ¿Qué es eso? — exclamó Mr. Pickwick.

— Parece una botella, — respondió Ben Allen, observando con mucho interés el objeto á través de sus anteojos. — Sospecho que ha de pertenecer á Bob.

Esta opinión era completamente exacta. Habiendo

atado Mr. Bob Sawyer la botella á la punta de su bastón, la hacía golpear contra la ventanilla, para invitar á sus amigos del interior á que participasen de su contenido en buena armonía y en buena inteligencia.

— ¿Qué haremos? — preguntó Mr. Pickwick mirando la botella; — esta idea es aún más absurda que la otra.

— Creo que valdria más cogerla y guardarla, — opinó Ben Allen; — lo tiene bien merecido.

— Ciertamente. ¿La cojo?

— Creo que es lo mejor que podemos hacer.

Mr. Pickwick bajó dulcemente el cristal y desató la botella del bastón. Este fué entonces retirado, y se oyó á Mr. Sawyer reír con todo su corazón.

— ¡Qué chico tan alegre! — dijo Mr. Pickwick con la botella en la mano.

— Ciertamente, — respondió Ben.

— No puede uno incomodarse con él.

— ¡Imposible!

Durante esta comunicación de sentimientos, había destapado Mr. Pickwick la botella.

— ¿Y qué es eso? — preguntó indiferentemente mister Allen.

— No sé, — respondió Mr. Pickwick con igual indiferencia; — parece ponche.

— ¿De veras? — dijo Benjamín.

— Al menos lo supongo, — dijo Mr. Pickwick, que no hubiera querido exponerse á decir una falsedad; — porque me sería imposible hablar con exactitud no habiéndolo probado.

— Pues no haríais mal en hacerlo. Es preciso para saber lo que es.

— ¿Opináis así? Pues si ese es vuestro gusto, no quiero dejar de complaceros.

Dispuesto siempre á sacrificar sus propios sentimientos á los deseos de sus amigos, Mr. Pickwick se ocupó largamente en gustar el contenido de la botella.

— ¿Pero qué es? — preguntó Mr. Allen interrumpiéndole con alguna impaciencia.

— ¡Es extraordinario! — respondió el filósofo pasándose la lengua por los labios; — no estoy muy seguro. ¡Ah, sí! — añadió después de haber gustado por segunda vez; — ¡es ponche!

Mr. Ben Allen miró á Mr. Pickwick y Mr. Pickwick miró á Mr. Ben Allen; Mr. Ben Allen sonrió, mas mister Pickwick se mantuvo serio.

— Merecía, — dijo este último con severidad, — merecía que nos lo bebiéramos todo hasta la última gota.

— Precisamente, en eso pensaba yo.

— ¡En ese caso!... pues bien, á su salud.

Y después de expresarse de esta manera, nuestro excelente amigo dió un tierno y prolongado beso á la botella, que pasó á Benjamín, no haciéndose este rogar para seguir tan buen ejemplo; las sonrisas que siguieron se hicieron recíprocas, y el punch desapareció gradual y alegremente.

—Después de todo, — dijo Mr. Pickwick saboreando la postrera gota, — sus ideas son realmente y en verdad muy alegres y muy divertidas.

—Sin duda alguna, — replicó Ben.

Y para probar que su amigo era uno de los más alegres compadres del mundo, contó lenta y detalladamente cómo su amigo había bebido tanto una vez, que adquirió una ardiente fiebre y había habido necesidad de afeitarlo. La relación de este agradable incidente duraba todavía, cuando el carruaje se detuvo delante del hotel de *La Campana*, en Berkeby Heath, para mudar de tiro.

—Comeremos aquí, ¿no es verdad? — dijo Bob metiendo la cabeza por la portezuela.

—¡Comer! — gritó Pickwick, — ¡cuando sólo hemos andado diez y nueve millas y aún nos faltan recorrer ochenta y siete!

—Precisamente por eso es necesario tomemos alguna cosa que nos ayude á soportar la fatiga, — replicó Bob.

—¡Oh! — volvió á decir Mr. Pickwick mirando el reloj, — es imposible de todo punto comer á las once y media de la mañana.

—Es cierto, muy justo, un almuerzo es lo que nos hace falta. ¡Ohé! ¡muchacho! Un almuerzo para tres personas, al instante; no pongáis los caballos hasta de aquí á un cuarto de hora; colocad en la mesa los fiambres que tengáis, con algunas botellas de cerveza *ale* y del mejor vino de madera.

Después de dar estas órdenes con suma oficiosidad y dándose una prodigiosa importancia, Mr. Bob Sawyer entró inmediatamente en la casa para velar en la ejecución de su mandato. Pasados cinco minutos, volvió declarando estaba presto, y sobre todo excelente.

Las cualidades del almuerzo justificaron plenamente las aserciones del farmacéutico, y sus compañeros le hicieron tanto honor como él mismo. Gracias á los esfuerzos de aquellos señores, el *ale* y el Madera desaparecieron prontamente; el frasco se llenó en seguida con el mejor equivalente que encontraron al punch y cuando nuestros amigos tomaron sus asientos en el coche, la corneta se hizo oír y el pabellón rojo se desplegó flotante, sin la más lijera oposición de parte de Mr. Pickwick.

En Tewkesbury se detuvieron á comer y también des-

pacharon alguna *ale*, una botella de Madera y de Oporto de extras; y en fin, el frasco fué vuelto á llenar por cuarta vez. Bajo la combinada influencia de tantos líquidos, Mr. Pickwick y Mr. Allen durmieron durante treinta millas de camino, entre tanto que Bob y Sam Weller cantaban un duo en sus asientos.

Había ya oscurecido del todo, cuando mister Pickwick se sacudió y despertó lo suficiente para mirar por la ventanilla. Cabañas esparcidas á los lados del camino, la negruzca tinte del hollín que manchaba los objetos visibles, la nebulosa atmósfera, los caminos cubiertos de cenizas y polvo de ladrillo, la luz de inflamados hornos á un lado y otro del camino, las nubes de humo que saliendo lentamente de altas chimeneas piramidales ennegrecían las cercanías, el brillo de cercanas luces, las pesadas carretas que se arrastraban por el camino cargadas de ruidosas barras de hierro ó de otras pesadas mercancías, todo, en fin, indicaba la aproximación á la gran ciudad de Birmingham.

El movimiento y ruido de trabajos serios era cada vez más sensible á medida que el carruaje avanzaba por las estrechas calles que conducen al centro de los negocios. Una activa multitud circulaba por todas partes, las luces brillaban hasta junto á los techos en las largas filas de ventanas, el rumor del trabajo brotaba de cada casa, el movimiento de las ruedas y balancines hacía temblar las paredes. Los fuegos, cuyos reflejos rojizos eran visibles á algunas millas, flameaban furiosamente dentro de los grandes talleres, y el ruido de los instrumentos, los acompasados golpes del martillo, el silbido del vapor y el estrépito de las máquinas retumbaban por todas partes con ruda y áspera armonía.

El carruaje llegó á las extensas calles y ante las brillantes tiendas que rodean al viejo hotel *Real*, antes que Mr. Pickwick hubiese comenzado á meditar la naturaleza delicada y difícil de la comisión que allí le traía.

Lo delicado de la comisión y la dificultad de llevarla á cabo convenientemente no se disminuía en manera alguna con la presencia voluntaria de Mr. Bob Sawyer. La verdad es que Mr. Pickwick no estaba de ningún modo encantado de gozar de la sociedad de ese señor, por más honorable que fuese, y hubiera dado con alegría cualquier regular cantidad por hacerlo transportar á cincuenta leguas de allí.

Mr. Pickwick no había tenido nunca comunicación personal con Mr. Winkle padre, aunque había recibido de él algunas cartas y á su vez había contestado satisfactoriamente sobre la conducta de Mr. Winkle joven. El sentía pues un extremecimiento nervioso al considerar

que no era un medio muy ingenioso para predisponerle á su favor hacerla la primera visita acompañado de Ben Allen y Bob Sawyer, ambos lijeramente peneques.

—De todos modos, — pensaba Mr. Pickwick procurando tranquilizarse él mismo, — es necesario que haga todo lo posible; tengo la obligación de verle esta misma tarde, porque así lo he ofrecido á su hijo; si estos dos jóvenes persisten en acompañarme, será conveniente acortar lo posible la entrevista, contentándome con esperar que por su propio honor no harán extravagancias.

Cuando Mr. Pickwick se consolaba con estas reflexiones, el coche se detenía á la puerta del viejo hotel *Real*. Ben Allen, medio despierto, fué sacado por Sam, y Mr. Pickwick pudo bajar á su vez. Introducido con sus compañeros en una confortable habitación, interrogó inmediatamente al camarero sobre la residencia de mister Winkle.

—Muy cerca de aquí, caballero, — le contestó el criado; — Mr. Winkle tiene un almacén en el muelle, pero vive á quinientos pasos de esta casa.

Entonces el camarero apagó una luz y la volvió á encender con la mayor lentitud posible, á fin de dar tiempo á Mr. Pickwick para que le dirigiese nuevas preguntas si por acaso estaba en su ánimo hacerlo así.

—¿Deseáis alguna cosa, caballero? — dijo al fin sin esperanzas de ser interrogado; — ¿una comida, señor? ¿te ó café?

—En este momento nada.

—Muy bien, señor; ¿no queréis ordenar vuestra cena?

—Ahora no.

—Está bien, señor.

El camarero marchó suavemente hacia la puerta y deteniéndose de repente, se volvió y dijo con suma dulzura:

—¿Enviaré la criada?

—Sí, si gustáis, — respondió Mr. Pickwick.

—Y además, — añadió Bob, — traed un botella de agua de soda.

—¿Soda Water? Sí señor.

Después de estas palabras, el camarero, cuyo espíritu parecía libre de un grave peso después de haber obtenido la orden de servir, desapareció imperceptiblemente. En efecto, los camareros de hotel no andan ni corren; tienen una misteriosa manera de deslizarse, que no es dado ejecutar á los demás hombres.

Gracias á la Soda, se presentaron algunos síntomas de vitalidad en Ben Allen, que consintió en lavarse cara y manos y en dejarse afeitarse por Sam. Mr. Pickwick

y Bob, habiendo igualmente reparado los desórdenes de sus vestidos ocasionados por el viaje, se pusieron en marcha cogidos del brazo hacia la casa de mister Winkle. Durante el camino, Bob impregnaba la atmósfera con un violento hedor de tabaco.

A un cuarto de milla y en una calle tranquila y aseada, se levantaba una vieja casa de ladrillos rojos; la puerta, á la cual se llegaba por tres escalones, tenía en una placa de cobre este nombre: Mr. Winkle. Los escalones eran muy blancos, los ladrillos muy rojos y la casa muy adecuada y apropiada.

Daban las diez, cuando Mr. Pickwick, Ben Allen y Bob Sawyer tocaban á la puerta. Una primorosa criada vino á abrir y se estremeció al ver tres extranjeros.

—¿Está en casa Mr. Winkle, amiga mía? — preguntó Mr. Pickwick.

—Va á cenar, caballero, — contestó la joven.

—Haced el favor de darle esta tarjeta y decirle que tengo un gran sentimiento en molestarle á estas horas, pero acabo de llegar y me es absolutamente necesario verle esta tarde.

La joven miró tímidamente á Mr. Sawyer, que expresaba con una asombrosa variedad de muecas la admiración que le inspiraban sus encantos; en seguida, lanzando una ojeada á los sombreros y gabanes colgados en el pasadizo, llamó á otra criada para que guardase la puerta interín ella subía con el recado. La centinela fué rápidamente relevada, porque la joven vino inmediatamente, pidió perdón á los tres amigos, por haberlos dejado en la calle, y los introdujo en una antesala, mitad despacho y mitad gabinete de vestir, cuyos principales muebles eran una mesa de despacho, un lavabo, un espejo de afeitarse, un tirabotas y perchas, un taburete, cuatro sillas, una mesa y un reloj viejo. Sobre la campana de la chimenea había una caja de hierro sujeta y fija al muro; en fin, un almanaque y un par de estantes de libros y papeles empolvados decoraban las paredes.

—Siento mucho haberos hecho esperar á la puerta, caballeros, — dijo la joven encendiendo una lámpara y dirigiendo á Mr. Pickwick una graciosa sonrisa; — pero yo no os conocía, y hay tantos aventureros que vienen á ver si logran poner la mano sobre algo, que realmente...

—No hay necesidad de excusas, mi querida niña, — replicó Mr. Pickwick con bondadoso buen humor.

—Ni por lo más mínimo, amor mío, — añadió Bob extendiendo alegremente los brazos y saltando de un lado de la habitación al otro, como para impedir la salida

inmediata de la joven.

Pero ella no se enterneció ni poco ni mucho por aquellas gracias, pues expresó bastante alto su expresión de que Mr. Bob Sawyer era un tuno, cuando él la quiso acariciar más expresivamente, ella le imprimió sus bonitos dedos en la cara y saltó fuera de la habitación con marcados ademanes de aversión y desprecio.

Privado de la sociedad de la joven sirvienta, Mr. Bob Sawyer buscó diversión mirando la mesa de despacho, abriendo todos los cajones, fingiendo iba á abrir la cerradura del cofre, volviendo las hojas del almanaque, probándose las botas de Mr. Winkle *senior* por encima de las suyas, y haciendo sobre los muebles y adornos otras diversas y divertidas experiencias que causaban á Mr. Pickwick un horror y una agonía inexplicables, pero que proporcionaban á Mr. Bob un placer equivalente.

Al fin, la puerta se abrió, y un pequeño viejo con traje color de tabaco, cuya cara y cráneo eran exactamente parecidos á los de Mr. Winkle joven (si el viejo no estuviere algo calvo), entró trotando en la habitación, teniendo en una mano la tarjeta de Mr. Pickwick y en la otra un candelero de plata.

— Señor Pickwick, ¿cómo está usted? — dijo el viejecito dejando el candelero y tendiendo la mano. — Espero estaréis bien, caballero. Tengo mucho gusto en veros; sentaos, señor Pickwick, os lo ruego. ¿Este caballero es?...

— Mi amigo el señor Sawyer — respondió mister Pickwick, — un amigo de vuestro hijo.

— ¡Ah! — dijo Mr. Winkle mirando á Bob con cierto aire de disgusto. — Espero que igualmente estaréis bien.

— Muy satisfecho — replicó Bob.

— Este otro caballero — dijo Mr. Pickwick, — este señor, como veréis cuando hayáis leído la carta que os traigo, es un pariente... bastante próximo... ó quizás, mejor dicho, un amigo íntimo de vuestro hijo. Su nombre es Allen.

— ¿Ese caballero? — preguntó Mr. Winkle, mostrando con la tarjeta á Mr. Benjamín Allen, que estaba dormido en una posición tal que sólo se veía de él la espina dorsal y el cuello de su levita.

Mr. Pickwick estaba á punto de responder á la pregunta y recitar en seguida todos los nombres y honorables cualidades de Mr. Benjamín Allen, cuando el espiritual Bob, á fin de hacer comprender á su amigo la situación en que se encontraba, le dió en la parte más carnuda del brazo un fuerte pellizco. Ben se levanta

sobre sus pies dando un gran grito, pero apercibiéndose inmediatamente de la presencia de un extraño, se adelantó hacia Mr. Winkle, y sacudiéndole tiernamente las dos manos, durante cerca de cinco minutos, murmuró algunas palabras sin sentido y casi ininteligibles sobre el placer que tenía de verle. Perguntóle de una manera muy franca y hospitalaria si deseaba tomar alguna cosa después del paseo, ó si prefería esperar la comida, después de lo cual se sentó, miró alrededor suyo con aire abobado é idiota, como si no tuviese idea del sitio en que se encontraba, como efectivamente era verdad.

Todo esto aumentaba el embarazo de Mr. Pickwick, con tanta más razón, cuanto que Mr. Winkle expresaba un verdadero asombro, por no decir más, por la excéntrica conducta de sus dos compañeros. Con objeto de poner fin á tan molesta situación, sacó una carta del bolsillo, y presentándola á Mr. Winkle *senior*, dijo:

— Esta carta, caballero, es de vuestro hijo; veréis por su contenido que su bienestar y dicha futura dependen de la manera bondadosa y paternal con que la acobardáis. Quedaré sumamente agradecido si la leéis con calma, razonando en seguida conmigo sobre su objeto de un modo grave y conveniente. Ya podéis juzgar de la importancia de vuestra decisión para vuestro hijo, y cuál es su inmensa ansiedad, cuando ella me obliga á presentarme en vuestra casa á tan avanzada hora, — añadió Pickwick mirando ligeramente á sus dos compañeros, — y en circunstancias tan desfavorables.

Después de este exordio, Mr. Pickwick colocó en las manos del viejo asombrado cuatro páginas llenas de un supérfluo arrepentimiento; se sentó y examinó la cara y expresión del viejecito, con cierta inquietud, es verdad, pero con todo el aire franco y seguro de un hombre que ha aceptado un papel por el cual no tiene por qué ruborizarse ni defenderse.

El viejo negociante miró y volvió á mirar la carta antes de abrirla, examinó la dirección, su anverso y reverso, los lados, hizo microscópicas observaciones sobre el niño regordete impreso en el sello, fijó sus ojos en el semblante de Mr. Pickwick, y en fin, sentándose en la silla de despacho, y aproximando la lámpara, rompió el sobre, desplegó las hojas, y elevándolas cerca de la luz se preparó á leer.

Justamente en aquel momento Mr. Bob Sawyer, cuyo espíritu había permanecido inactivo algunos minutos, colocó sus manos sobre las rodillas, y arregló su fisonomía como la de un clown, imitando la del gracioso Mr. Grimaldi. Desgraciadamente, sucedió que Mr. Winkle, en

lugar de ocuparse en leer profundamente su carta, como Bob creía, se le ocurrió mirar por encima, y conjeturando con fundamento que la cara en cuestión se había fabricado en burla de su propia persona, fijó sus ojos con tanta severidad sobre el culpable, que los rasgos de fisonomía de Mr. Grimaldi desaparecieron, transformándose en una expresión humilde y sobre todo confusa.

—¿Me habéis hablado, caballero? — preguntó mister Winkle, después de un amenazador silencio.

—No, señor — contestó Bob, que no tenía ya nada de clown, excepto el extraordinario color encarnado de sus mejillas.

—¿Estáis bien seguro, caballero?

—¡Oh! ciertamente; sí, señor, la verdad.

—Me había parecido — repitió el anciano *gentleman* con un énfasis lleno de indignación. — ¿Puede que me hayáis mirado, caballero?

—¡Oh! no, señor, de ninguna manera — dijo Bob del modo más político que pudo.

—Tengo mucho gusto en saberlo — replicó el anciano frunciendo las cejas con majestuoso aire.

Después aproximó la carta á la luz y comenzó á leer seriamente.

Mr. Pickwick le examinaba con atención, mientras él volvía de la última línea de la primera página á la primera línea de la segunda, de la última línea de la segunda á la primera de la tercera, de la última línea de la tercera á la primera de la cuarta, y de la última línea de la cuarta á la primera de la primera; pero aunque el matrimonio de su hijo se lo anunciaba en las doce primeras líneas, como lo sabía muy bien Mr. Pickwick, ninguna alteración de su rostro indicaba los sentimientos que tan importante noticia le producía.

Mr. Winkle leyó la carta hasta la última palabra, la dobló con la precisión de un hombre de negocios, y en el momento mismo en que Mr. Pickwick esperaba una gran explosión de sensibilidad, tomó la pluma, hundiéndola en el tintero, y dijo tan tranquilamente como si hablase de un asunto mercantil el más común.

—¿Cuál es la dirección de Nathaniel, señor Pickwick?

—Por ahora, en el hotel de *Jorge y el cuervo*.

—¿Jorge y el cuervo? ¿Dónde está?

—En la calle de Lombard, George Yard.

—¿En la ciudad?

—Sí.

El anciano caballero escribió la dirección al dorso de la carta y colocándola en el cajón, que cerró, dijo separando la silla y poniendo la llave en su bolsillo:

—¿Supongo que nada más tenemos que decirnos, señor Pickwick?

—¡Nada que decirnos, querido señor! — gritó el excelente hombre lleno de calurosa indignación. — ¡Nada que decirnos! ¿No tenéis opinión alguna que expresar sobre un acontecimiento tan importante en la vida de mi joven amigo? ¿Ninguna seguridad de la continuación de vuestro afecto y protección, transmitida por mi medio? ¿Nada que decir que le tranquilice, nada que pueda consolar la inquietud de la joven esposa, cuya dicha depende de él? Reflexionad, mi estimado señor, reflexionad.

—Precisamente yo reflexionaré. En este momento nada puedo decir; yo soy un hombre metódico, que no me meto jamás precipitadamente en ningún negocio, y por lo que veo, en este no me agradan absolutamente las apariencias. Mil libras esterlinas no son gran cosa, Mr. Pickwick.

—Tenéis mucha razón — dijo Ben Allen, suficientemente despierto para acordarse que él había gastado sus mil libras sin la más leve dificultad. — Sois un hombre inteligente. Bob, el señor es muy listo.

—Me encanta que me hagáis esa justicia — dijo mister Winkle, arrojando una despreciativa mirada sobre Mr. Ben Allen que movía la cabeza con profunda é inteligente seriedad. — Lo cierto es, Mr. Pickwick, que al permitir á mi hijo viajase bajo vuestros auspicios un año ó dos para que aprendiese á conocer el mundo y no entrase en él como un escolar que se deja atrapar por el primero que venga, no había hecho cuenta con esto. El lo sabe bien, y no quedará sorprendido si deo de sostenerle. Por último, el sabrá mi decisión, señor Pickwick. Entretanto, os deseo buenas noches. Margarita, abrid la puerta.

Durante este tiempo, Mr. Bob Sawyer hacía señas á su amigo, para indicarle dijese alguna cosa en su lugar, que fuese derecho al corazón, que diese en el clavo; así Ben improvisó sin previo exordio un pequeño y breve discurso, aunque lleno de calor.

—Señor — dijo mirando al viejo caballero con ojos opacos y fijos, y moviendo su brazo de abajo arriba; — vos... vos deberíais ruborizaros de vuestra conducta.

—En efecto. — replicó Mr. Winkle, — como hermano de la joven, sois un excelente juez en la cuestión; — ¡vamos! basta. Os ruego, Mr. Pickwick, no añadáis nada. Buenas noches, señores.

Después de estas palabras, el viejo negociante tomó el candelero, y abriendo la puerta de la habitación, les mostró políticamente el corredor.

—Os arrepentiréis de vuestra conducta, caballero— dijo Mr. Pickwick, apretando los dientes para contener la cólera, porque comprendía cuán importante era todo para su joven amigo.

—Por lo menos en este momento soy de diversa opinión, — respondió Mr. Winkle con perfecta calma. — Vamos, señores, vuelvo á deseáros buenas noches.

Con paso irritado ganó la calle Mr. Pickwick; Bob Sawyer, completamente humillado por las resueltas maneras del viejo caballero, tomó el mismo partido; el sombrero de Ben Allen rodó cerca de ellos en la escalera, y la persona de Ben Allen siguió inmediatamente el mismo camino; por último, los tres compañeros se fueron á acostar en silencio y sin cenar. Pero antes de dormirse, Mr. Pickwick pensó que si él hubiera sabido qué hombre tan metódico era Mr. Winkle *senior*, seguramente no se hubiera encargado de tal comisión.

## CAPITULO LI

*En el que Mr. Pickwick encuentra antiguos conocimientos, afortunada circunstancia á la cual el lector deberá principalmente ardientes detalles de interés más abajo consignados, concernientes á dos grandes hombres políticos.*

Cuando Mr. Pickwick se despertó á las ocho de la mañana, el estado de la atmósfera no era en manera alguna propio para distraer su espíritu ni disminuir el abatimiento que le inspiraba el inesperado resultado de su embajada. El cielo estaba triste, el aire húmedo y frío, las calles mojadas y fangosas. El humo permanecía perezosamente suspendido encima de las chimeneas, como si le faltase energía para elevarse, y la niebla descendía lentamente, como si le hubiese faltado valor para caer. Un gallo de pelea, privado de su habitual animación, se balanceaba tristemente sobre una pata en el patio, entretanto que una borrica, bajo un estrecho co-

bertizo, tenía la cabeza de manera que á juzgar por su miserable continente, podía creerse meditaba el suicidio. En la calle sólo se veían paraguas y sólo se oía el ruido de los chanclos de madera y el repiqueteo del agua que goteaba de los techos.

Durante el almuerzo permaneció la conversación singularmente lánguida; Mr. Bob Sawyer mismo sentía la influencia del tiempo y la reacción de la excitación del día anterior. Siguiendo su propio y expresivo lenguaje, estaba completamente *aplastado*; á Mr. Ben Allen le pasaba lo mismo é igualmente á Mr. Pickwick.

En un largo intervalo de espera, fué leído y releído el último periódico de Londres con esa intensidad de interés que no se observa ni se conoce sino en los casos de extrema escasez y aburrimiento; no tuvieron luego menos perseverancia en contar y medir cada flor de la alfombra; ellos miraron por la ventana, y miraban demasiado frecuentemente, de manera que parecían realizar el cumplimiento de una obligación; ellos entablaron sin resultado diversas conversaciones sobre toda clase de objetos, y al fin, cuando el medio día llegó sin cambio favorable, Mr. Pickwick tiró resueltamente de la campanilla y pidió su carruaje.

El camino estaba lleno de fango, la neblina más fuerte que nunca, y el lodo era arrojado con tal fuerza dentro del coche abierto y en tal cantidad, que molestaba casi tanto á los del interior como á los del exterior. A pesar de todo, en el movimiento mismo, en el sentimiento de un cambio, de una acción, había algo preferible al hastío de quedar encerrado en una habitación sombría y ver por toda distracción caer la lluvia tristemente en una triste calle. Así, nuestros amigos se asombraron desde luego ellos mismos de haber estado tanto tiempo sin haber tomado su determinación.

Cuando se detuvieron en Coventry para relevar, el vapor que salía de los caballos formaba tan espesa nube, que eclipsaba completamente al palafrenero; sólo se le oía gritar, en medio de la niebla, que él esperaba obtener la primera medalla de oro de la sociedad de humanidad, por haber quitado el sombrero al postillón, á quien el agua que corría por los bordes amenazaba ahogar infaliblemente, si el invisible caballero palafrenero no hubiera tenido la suficiente presencia de espíritu de arrancárselo vivamente y enjugar frotando con paja la cara del náufrago.

—Eso es agradable — dijo Bob arreglando el cuello de su gabán y tapándose la boca con el chal para concentrar los vapores de un vaso de aguardiente que acababa de beber.